



El premio del bien hablar

Lope de Vega

-fol. 158r-

Personas que hablan en ella.

LEONARDA, *dama*.

DON JUAN DE CASTRO.

DON ANTONIO, *viejo*.

MARTÍN, *lacayo*.

DON PEDRO.

ÁNGELA, *dama*.

FELICIANO.

RAMIRO, *huésped*.

RUFINA, *esclava*.

CAMILO, *criado*.

-fol. 158v-

▽△

Acto I

Salen LEONARDA, dama, y RUFINA.

LEONARDA ¿Doblaste el manto?

RUFINA Ya vengo
de quitarte ese cuidado.

LEONARDA ¿Dijiste, Rufina, a Hurtado,
que a la tarde salir tengo?

RUFINA Ya, señora, le prevengo 5
de que has de ver a doña Ana.

LEONARDA ¡Qué de juventud liviana
que nos esperaba enfrente!

RUFINA Servir pudiera de puente 10
desde Sevilla a Triana.
Mas, si en toda la ciudad
no hay tu talle, ¿qué te admira?

LEONARDA Mas presumo yo que mira 15
del oro la cantidad:
«Dineros son calidad»,
dijo el cordobés Lucano;
porque esto de padre indiano
mueve más la juventud;
que a la nobleza y virtud 20
pocos estienden la mano.
¿No estaba don Pedro allí,
aquel mi gran pretendiente?

RUFINA Aquel necio maldiciente
de su hermano, entre ellos vi.

LEONARDA ¡Lo que hablaría de mí 25
toda aquella mocedad,
con su necia libertad!

RUFINA Allí estaba un caballero,
al parecer forastero,
con más seso y gravedad. 30

LEONARDA En ninguno reparé,
por si estaba allí mi hermano.

RUFINA No estaba allí Feliciano,

que uno a uno los miré.
Pero el forastero fue 35
quien me pareció mejor.

(Dentro, ruido.)

LEONARDA Parece que oigo rumor,
y cerca de nuestra casa.
RUFINA ¿Cómo esto en Sevilla pasa?
Abre ese balcón, Leonor. 40

(Entren, las espadas desnudas y las capas revueltas, DON JUAN DE CASTRO y MARTÍN, su criado.)

DON JUAN Entra, y donde quiera sea.
LEONARDA ¡Jesús!
DON JUAN No os alborotéis.
RUFINA ¿Cómo no?, ¿qué pretendéis?
LEONARDA ¿Quién habrá que aquesto crea?
¿Hasta mi estrado os entráis? 45
¡Hola!
DON JUAN Si en venir huyendo
de la justicia os ofendo,
vuestro respeto agraviáis.
Casa tan noble me ha dado
licencia, y no me engañé, 50
pues donde un ángel hallé,
¿quién duda que fue sagrado?
Mandad que cierren la puerta.
LEONARDA Rufina, corre.
RUFINA Yo voy.
(Vase.)

LEONARDA Menos alterada estoy, 55

que estuve, de veros, muerta.

-fol. 159r-

No cierren la de la calle,
porque será dar sospecha.

DON JUAN Que no fue cosa mal hecha
os dice mi traje y talle. 60

MARTÍN Señora, si solo fuera,
quien de esta manera entrara,
no es mucho que os espantara
y mala sospecha os diera;
pero don Juan, mi señor, 65
abona el haber pisado
las barandas del estrado
de vuestro heroico valor.
Amparadle, pues oísteis
que su imagen os llamó. 70

(Sale RUFINA.)

RUFINA Ya la gente que os siguió
no sabe por dónde fuisteis.
Toda, en efeto, se fue,
y la calle está segura.

DON JUAN A tal templo de hermosura, 75
buscando amparo, llegué.

Yo soy, gallarda señora
(como ya os lo dice el traje),
forastero de Sevilla,
corona de las ciudades, 80

que en España, en toda Europa
gobierna el Rey, que Dios guarde;
que, como naturaleza,
es de todos patria y madre.
Nací en Madrid, aunque son 85

en Galicia los solares
de mi nacimiento noble,
de mis abuelos y padres.

Para noble nacimiento
 hay en España tres partes: 90
 Galicia, Vizcaya, Asturias;
 o ya montañas se llamen.
 Qué turbado estoy, pues digo,
 en ocasión semejante,
 cosas que os importan poco. 95
 No os espantéis, perdonadme,
 que por Dios, que no me turban
 pendencias ni enemistades;
 el templo sí, y en su altar,
 la belleza de su imagen. 100
 ¿Qué os importa a vós saber
 que descienda de la sangre
 del conde de Andrada y Lemos,
 y que la causa dilate
 de la presente desdicha, 105
 que os ha obligado a escucharme
 en vuestro mismo aposento,
 donde el sol fuera arrogante?
 Sabed que vine a Sevilla
 huyendo (mirad qué alarde 110
 de fortuna), porque a un hombre
 castigué la lengua infame.
 Hablaba mal de mujeres;
 y yo, que he dado en preciarme
 de defenderlas, no puede 115
 sufrir que tan mal hablase.
 Pasarme quise a las Indias,
 que dos heridas mortales
 ya le tendrán bien seguro,
 que mal de mujeres hable. 120
 Llegué a Sevilla, y la flota,
 como veis, aun no se parte;
 entretanto, me entretienen
 caballeros y amistades.
 Hoy vine a la Madalena, 125
 y como algunos hallase
 a la puerta, me detuve;
 que ellos gustaron de honrarme.
 No salió mujer de misa,

a quien un don Diego, un áspid, 130
helado para gracioso,
para hablador, ignorante,
no infamase en las costumbres,
no desluciese en el talle,
no afease en la hermosura, 135

-fol. 159v-

no descubriese el amante.
Palabra no les decía
que el alma no me pasase;
que cuando se habla en corrillos,
no es afrenta que se hace 140

al ausente, que no la oye,
sino a los que están delante;
porque es tenerlos por hombres
que gustan de infamias tales,
y hablar mal de los ausentes, 145
afrenta los hombres graves.

Salió una señora indiana
con dueña escudero y pase,
y en viéndolo, se tapó,
dejando caer la margen 150
del manto al pecho, en lo negro
luciendo cinco cristales.

Como cuando el sol hermoso
por nubes opuestas sale,
así de sus ojos bellos, 155
luz por las puntas de Flandes.

Pero no templó su lengua,
que luego dijo: «¡Que trate
mi hermano por interés,
con esta indiana casarse! 160

Que, ¡vive Dios!, que me han dicho
que vendió en Indias su padre
carbón o yerro, que agora
se ha convertido en diamantes.

Que, puesto que es vizcaíno, 165
para el toldo que esta trae,
son muy bajos sus principios.
¡Mal hayan indias y meras!

Yo, no pudiendo sufrir
palabras tan desiguales 170
al valor de un caballero,
dije: «Vuesa merced hable
como quien es, que desdice
de las palabras el traje;
que es honrar a las mujeres 175
deuda a que obligados nacen
todos los hombres de bien,
por el primer hospedaje
que de nueve meses deben,
y es razón que se les pague. 180
Que, puesto que son las lenguas
espadas, para templarse
quiso Dios que las pusiesen
en los pechos de sus madres.»
«¿Quién le mete en eso a él, 185
no conociendo las partes?»,
respondió, descolorido.
Yo dije: «El ver que la infamen
sin dar ocasión, y el ser
hombre, que basta a obligarme, 190
cuando no naciera noble».
Replicó: «Pues, oiga y calle,
si no sabe quién soy yo,
y que no es bien que se case
mi hermano desigualmente.» 195
Respondí yo: «Los que saben
que en Vizcaya a los más nobles
se les permite que traten,
con hábitos en los pechos,
no dicen razones tales; 200
y, sin conocerla, digo
que el ser mujer es bastante
nobleza, y que no es honrado
quien no las honra.» «¡Dejadme!
(dijo entonces). Mataré 205
este necio, si es su amante!»
Repliqué: «No la conozco,
pero lo que digo baste
para hablar en su defensa.

Saca la espada, cobarde, 210
que donde palabras sobran,
temo que las obras falten.
¡Saca la espada!, ¿qué esperas,
pues no te detiene nadie?»
Pero, ¡vive Dios!, que apenas 215
las dos se vieron iguales,
cuando pienso que la indiana

-fol. 160r-

vino en forma de algún ángel
y le derribó en el suelo,
sin que a tenerle bastasen 220
cuantas espadas y amigos
pretendieron ayudarle.
No espere mejor suceso
la lengua que las infame,
ni menos que vida y honra 225
quien las defienda y alabe.
Con esto quise tomar
la iglesia para librarme,
y, por la confusa gente,
tomé diferente calle. 230
Al revolver de la esquina,
vi estas casas principales,
juzgué por ellas el dueño,
es imposible engañarme.
Traigo una hermana conmigo, 235
a quien doy tantos pesares,
que este postrero, señora,
temo que la vida acabe;
esto solamente siento.
Hasta que la noche baje, 240
os suplico permitáis
que en vuestra casa me ampare
para partirme a Sanlúcar,
donde a las Indias me embarque,
si podrán llevar el peso 245
de mis desdichas sus naves.
Que tan justa obligación
hará que el alma os consagre

la tabla de este milagro,
que con letras de oro en jaspe, 250
diga que pudo, en Sevilla,
don Juan de Castro librarse,
con doña Ángela, su hermana,
de dos peligros tan grandes.
Y porque vea el pintor, 255
cuando la tabla señale,
cómo ha de poner la historia,
y pues sois la hermosa imagen,
ya me pongo de rodillas
para que así me retrate. 260
Que quien defiende a mujeres,
bien es que piedad alcance.

LEONARDA La ocasión en que os halláis
no da lugar a respuesta;
vuestro valor manifiesta 265
lo que hacéis y lo que habláis.
Esa mujer que obligáis,
yo soy, y palabra os doy
que mintió, porque yo soy
nieta de tan noble abuelo, 270
que, por bien nacida, al cielo
siempre agradecida estoy.
Es de mi padre el solar,
el más noble de Vizcaya;
que a las Indias venga o vaya, 275
¿qué honor le puede quitar?
Si le ha enriquecido el mar,
no implica ser caballero.
Quiso honrar ese escudero
mi padre; mas no podrá, 280
que esa espada es lengua ya
con que digo que no quiero.
Eso de hierro y carbón
es lenguaje maldiciente;
pero yo quiero, aunque miente, 285
tener en esta ocasión
ese trato y opinión,
para que cuando le halle

	en aquella misma calle, me sirva el hierro, en su mengua, para cortalle la lengua, y el carbón, para quemalle. Pienso que viene mi hermano. Rufina, escóndele presto.	290
DON JUAN	¡Bien haya el cielo, que ha puesto mi remedio en vuestra mano!	295
MARTÍN	Rufina, color indiano, ¿no hay bodega o palomar?	
RUFINA	El pajar te quiero dar,	
	<u>-fol. 160v-</u> y a tu amo, mi aposento.	300
MARTÍN	¿Si comen, no habrá sustento?	
RUFINA	¿Ya no te llevo al pajar?	

(Llévalos.)

(Salen FELICIANO, DON PEDRO y CARRILLO.)

FELICIANO	Esto se ha de hacer así, no hay sino armarnos de presto.	
LEONARDA	¿Dónde vas tan descompuesto?	305
DON PEDRO	¿Sabes mi desdicha?	
LEONARDA	Sí.	
DON PEDRO	¡Ay, Leonarda!, que espirando queda mi hermano don Diego.	
LEONARDA	Quien tan locamente ciego vivió siempre murmurando, ¿qué mucho que muera así?	310
FELICIANO	¡Qué buen modo de consuelo!	

Vamos de aquí.

- DON PEDRO Sabe el cielo
que reprehensiones le di;
mas era hermano mayor, 315
no me tocaba el castigo.
- FELICIANO Yo soy de don Pedro amigo,
y tuve a don Diego amor.
Si hablaba mal, solo fue
de ruin gente, que la honrada 320
siempre fue dél respetada.
- LEONARDA ¿Eso dices?
- FELICIANO Esto sé,
y vive Dios, que si esconde
la tierra este forastero,
que le he de matar.
- DON PEDRO No espero, 325
que habemos de saber dónde;
que es Sevilla confusión.
Y si en monasterio está,
¿quién, Feliciano, podrá
matarle en esta ocasión? 330
Lo mejor será enviar
a Sanlúcar dos soldados
para matarle pagados;
porque éste se ha de embarcar,
y no podrá conocellos. 335
- FELICIANO Vámosle a buscar agora,
que es lo que importa.
- DON PEDRO Señora,
pensé que esos ojos bellos
enterneciera la muerte
de don Diego, y tan airados 340
los hallo, que mis cuidados
crecen con rigor más fuerte;
que, por doblar mis enojos,
como a mi hermano un traidor,

me matan con más rigor 345
la espada de vuestros ojos.
Que, si no estáis ofendida...

FELICIANO ¿De qué os aflige mi hermana?
¡No ha de amanecer mañana
este villano con vida! 350
(Vase.)

(Sale DON ANTONIO, padre de LEONARDA.)

DON ANTONIO ¿Dónde va tu hermano así?

LEONARDA Allá con sus amistades,
a ejecutar necedades
que te den cuidado a ti.

DON ANTONIO Dicen que ha herido a don Diego 355
un forastero, don Juan.

LEONARDA Los dos a buscarle van,
uno necio, y otro ciego.

DON ANTONIO ¿Pues que quiere Feliciano 360
acabar mi vida así?

LEONARDA Este don Pedro, que aquí
trujo, a mi pesar, mi hermano,
queriendo que su mujer,
como se lo ha dicho, sea,
en estas cosas se emplea. 365

DON ANTONIO Algo le ha de suceder.
Siempre los malos sucesos
vienen por malos amigos,
no tiene un padre enemigos
como los hijos traviesos. 370
Matarán este don Juan,

-fol. 161r-

¿quién lo duda? Es forastero.

LEONARDA Es valiente caballero,

	tendrá amigos, no podrán. La causa de la cuestión fue decir mal de mujeres, don Diego; pues ¿cómo quieres que le ayude la razón una sutil vanagloria?	375
DON ANTONIO	¿Luego el don Juan defendía las mujeres?	380
LEONARDA	Sí, señor.	
DON ANTONIO	Ese hombre tiene valor. No hay cosa, Leonarda mía, más digna de un hombre honrado; Ser quien le mató quisiera; así en las venas me altera el humor del tiempo helado. Si supiera dónde estaba, favor le diera, y dinero. Propia acción de caballero. ¿Quién lo bien hecho no alaba? Voy a buscar a tu hermano, que es loco y rico. (Vase.)	385 390
(Sale RUFINA.)		
RUFINA	Ya quedan a donde hallarlos no puedan.	
LEONARDA	Solo temo a Feliciano. ¿Dónde pusiste el criado?	395
RUFINA	Martín (que aqueste es su nombre) queda, por más tordo que hombre, en el pajar enjaulado. Pienso que ha de cantar bien; porque aun a penas entró, cuando de comer pidió.	400
LEONARDA	Haz que de comer le den,	

	que yo haré con gran secreto la comida de don Juan.	405
RUFINA	Lástima los dos me dan.	
LEONARDA	El caballero es discreto; y que me ha puesto, Rufina, en notable obligación.	
RUFINA	Por ella obliga a afición, y por la persona inclina. Pidiome un libro.	410
LEONARDA	Hasme dado, Rufina, grande contento; hoy sabrá mi nacimiento; que tú, sin mostrar cuidado, le darás mi ejecutoria, diciendo que aquí la hallaste en un cofre mío.	415
RUFINA	Pensaste.	
LEONARDA	Quiero que sepa que tengo sangre de un señor de España.	420
RUFINA	Si la vista no me engaña, a pensar que quieres vengo ser con él más que piadosa.	
LEONARDA	¿No te parece que fuera quien a don Juan mereciera?	425
RUFINA	Di lo demás.	
LEONARDA	Venturosa, sin temer tormenta o calma. Porque el bien hablar, Rufina, es una señal divina de la nobleza del alma.	430

(Vanse.)

(Sale DOÑA ANGELA, dama, y RAMIRO, huésped.)

DOÑA ÁNGELA	No sé cómo he de tener paciencia en tan mal suceso, que, si no es perder el seso, no me queda qué perder.	
HUÉSPED	¿No pudiera suceder el matar a vuestro hermano? Que fuistes dichosa, es llano, que en dos males es error no agradecer el menor, y quejarse al cielo en vano.	435 440
DOÑA ÁNGELA	Conozco que mayor mal, huésped, suceder pudiera; que esto no me sucediera, fuera a mi inocencia igual. ¿Una mujer principal,	 445
	<u>-fol. 161v-</u> en tierra estraña, os admira que sin amparo se mira?	
HUÉSPED	No, me admira que os engaña llamar esta tierra estraña.	
DOÑA ÁNGELA	¿A qué mi remedio aspira?	450
HUÉSPED	En Sevilla estáis, no estáis en algún monte desierto. ¡Ay del que cerca del puerto, si ya no es muerto, miráis! En mi casa no temáis necesidad, ni violencia.	 455

(Dentro, FELICIANO y DON PEDRO, y CARRILLO.)

FELICIANO ¿Quién ha de hacer resistencia
a donde hay tanta razón?

	entre vuestras armas sola, mujer entre mil espadas; dadme, señores, la muerte, yo me confieso culpada; que son sangre las desdichas, y de deudo a deudo pasan. Mi fortuna dio los filos, y le sacó de la vaina el acero de esta herida. ¿Qué aguardáis? ¡Tomad venganza!	495 500
DON PEDRO	¿Qué os parece de este llanto? Vive Dios, si no mirara.	
FELICIANO	Callad, don Pedro, por Dios, que es bajeza esa palabra. De lo que don Juan ha hecho, ¿qué culpa tiene su hermana? ¿Esta moza está en las tierras, donde, con violentas armas, por una ofensa, un linaje, mujeres y amigos matan? Aunque esta señora fuera culpada en esta desgracia, ¿no pudieran detener la más violenta arrogancia dos perlas de aquellos ojos?	505 510 515
DON PEDRO	¡Buen amigo! ¡Linda traza de vengar un muerto hermano! Ven Carrillo, que si aguarda mi agravio tiernos requiebros, locas son mis esperanzas.	520
CARRILLO	Vamos por toda Sevilla, déjale, que es una mandria. Yo apostaré que a estas horas <u>-fol. 162r-</u> le está ofreciendo su casa. Vamos por los monasterios, que, por la tribuna santa, que aunque esté en el refitorio,	 525

le he de dar cuatro mohadas.

(Vanse los dos.)

FELICIANO	Señora, no tengáis pena, que aunque es bastante la causa, por amigo de don Pedro acompañé su venganza. Que entré soberbio os confieso, y, en viendo ese talle y cara, amainé todas las velas.	530 535
	Tengo sangre de Vizcaya; lo que dijere una vez será firme y sin mudanza. Dadme licencia que os vea, y en esta ocasión os valga; que vive Dios de poner un millón que hay en mi casa por vuestro servicio, y luego honor, sangre, vida y alma.	540
DOÑA ÁNGELA	El cielo os pague el consuelo.	545
FELICIANO	¿Vuestro nombre?	
DOÑA ÁNGELA	Ángela.	
FELICIANO	Basta. No se engañó quien le puso. ¿Huésped?	
HUÉSPED	Señor.	
FELICIANO	Dos palabras: Con estos cincuenta escudos regalaréis esta dama mientras que vuelvo a Sevilla.	550
HUÉSPED	¿Cuándo volveréis?	
FELICIANO	Mañana.	

(Vase.)

HUÉSPED	Cincuenta escudos me dio.	
DOÑA ÁNGELA	Término de gente hidalga.	
HUÉSPED	Pesia tal, es rico y noble, puede comprar a Triana. Una hermana tiene hermosa, para quien su padre guarda cien mil ducados de dote.	555
DOÑA ÁNGELA	La fortuna, mi madrastra ha guardado para mí, cien mil penas y desgracias.	560

(Vanse.)

(Salen DON JUAN y MARTÍN.)

DON JUAN	¿Cómo pasaste a verme?	
MARTÍN	Con licencia de la mulata, que es la quinta esencia de toda la discreta picardía que lo moreno de esta tierra cría.	565
DON JUAN	¿Has comido?	
MARTÍN	¿Qué dices? Treinta platos me trujo esta princesa de mulatos; y sirviendo la paja de manteles, comí mejor que en sillas, ni doseles; y, para postre, mano y paz de Francia, que puesto que temiendo la fragancia, la limpieza pastilla, y no ser fea, disimular pudiera la gragea. ¿Comiste tú?	570
DON JUAN	Pedile a la morena	575

un libro, por pasar mejor la pena
de tanta soledad; y ella, que ignora
qué historias salen en la Corte agora,
en vez de tanta prosa, verso y fama,

-fol. 162v-

me trujo la nobleza de su ama, 580
de mil colores y oro, y la he leído;
con que también estuve entretenido,
como con los donaires del *Parnaso*,
del *Orfeo*, del nuevo Garcilaso.

Es tanta, finalmente, su belleza, 585
que puede competir con su nobleza.

Vino, Martín, tras esto la comida,
guisada de la dama defendida,
con tal regalo, olor, gusto y aseo,
que solo le ha faltado a mi deseo 590
el postre que te dio la mulatilla.

MARTÍN ¡Qué bizarra es la gente de Sevilla!
¡Qué liberal, qué limpia y generosa!

DON JUAN ¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?

MARTÍN ¿Cómo discreta? Cicerón, Cervantes, 595
ni Juan de Mena, ni otro después, ni antes,
no fueron tan discretos y entendidos;
en una harpa templada en los oídos,
es sentencia en favor por el consejo,
consonancia en cristal de vino añejo. 600

Son de doblón en mesa o plata doble,
cortés respuesta de persona noble,
ruido de arroyuelo ardiendo Febo,
soneto de don Luis, Séneca nuevo;
con hambre, los torreznos que se fríen; 605

con tercianas, las fuentes que se ríen,
o más sonoro que en la espalda suele,
de los que azotan a quien no le duele,
o en un falso testigo o alcahueta,
el eco de la solfa de baqueta. 610

Pues en llegando a hablar de la hermosura,
Diana es fea, Filomena oscura,

	la doncella de Francia y la doncella de Dinamarca, nones son con ella, porque el sol es muy lindo, y nos enfada por los caniculares, y esta agrada.	615
	Quedémonos aquí, pues has topado las Indias sin la mar, que tú embarcado irás a tu aposento con Leonarda, y yo con la mulata que me aguarda	620
	<u>-fol. 163r-</u>	
	en mi pajar sin larga las escotas; porque si aquí se encierran treinta flotas, ¿qué es menester buscar mayor tesoro, que aun esta esclava, si la vendo, es oro?	
DON JUAN	¡Cómo piensas, Martín, lo que has soñado! ¡Bien parece que en paja te has echado!	625
MARTÍN	Sí, mas no la he comido; que me dieron naranjas que la cólera rompieron, un pernil con las hebras como grana, que abriera a un hipocóndrico la gana, y a estar hecha en figura más perfeta, de un cardenal pudiera ser muceta una ave enamorada.	630
DON JUAN	¿Enamorada?	
MARTÍN	De tierna, derretida y bien asada, hubo su rabanito, oliva y queso, que pudieran venderme por el peso, con esto y diez tragadas de cazalla, dije, poniendo aparte la toalla, los ojos ya del buen licor testigos: «muleta, ¿dónde están los enemigos?»	635 640
DON JUAN	¡Ay, Martín! ¡Cómo todo me alegrara, si en Madrid a doña Ángela dejara!, pero ver que es mi hermana, y que afligida ha de estar del peligro de mi vida, no me permite gusto, ni contento.	645
MARTÍN	¡Quedo, que está Leonarda en tu aposento!	

(Salen LEONARDA y RUFINA.)

LEONARDA Habréis pasado muy mal
de aposento y de comida.

DON JUAN No la he tenido en mi vida,
hermosa señora, igual. 650

LEONARDA Dar un palacio real
a vuestro valor quisiera.

DON JUAN Menos a mi intento fuera;
por ser de esclava le alabo;
que, siendo yo vuestro esclavo, 655
me disteis mi propia esfera.
Vine a mi centro en venir
donde vuestra esclava vive.
Parece que me apercibe
de que os tengo de servir. 660
Si aquí os puedo ver y oír,
toda mi ventura encierra,
todos mis males destierra,
porque después de no estar
en el cielo, no hay buscar 665
mayor descanso en la tierra.
Pero, ¿qué ha de ser de mí,
ya que en tal lugar estoy,
si en siendo noche me voy
de aqueste día en que os vi? 670
Si tan presto el bien perdí,
fímera fue mi ventura.

-fol. 163v-

No es bien, el que poco dura,
mas, quién, señora, pensara
que mis contrarios vengara 675
vuestra divina hermosura.
Cuál es el muerto, no acierto,
bella Leonarda, a juzgar;
si el no veros me ha de dar

la muerte, yo soy el muerto. 680
Pensé que llegaba al puerto
de mis desdichas, y llego
donde a la muerte navego
con tal tormenta y rigor,
que quiere anegar amor 685
el alma en un mar de fuego.
¿Qué hice yo a vuestros ojos,
que vengan mis enemigos,
cuando los hice testigos
de mis lágrimas y enojos? 690
Juzgaréis que son antojos
decirme que me desalma
amor, que me tiene en calma;
pero vuestra discreción
sabe que la obligación 695
abre las puertas al alma.
Primero os amé que os vi;
¿quién vio tan nuevo obligar?
Y no lo podéis negar,
pues sabéis que os defendí. 700
Mirad cómo merecí
favores antes de veros;
pero fue para perderos,
pues en viéndonos los dos,
no me defendí de vós, 705
aunque supe defenderos.

LEONARDA Señor don Juan, si tenéis
determinado partiros,
mal podré yo persuadiros
contra lo que vós queréis; 710
y basta que me dejéis
con tantas obligaciones
sin decirme esas razones,
para más pena y dolor;
que no le detiene amor 715
a quien deja las prisiones.
Defenderme antes de verme
no fue amor, nobleza fue,
o condición vuestra, en fe

de obligarme y conocerme; 720
pero si fue defenderme
nobleza, nobleza fue
el haberos defendido;
con que diréis, con razón,
que cumple su obligación 725
beneficio agradecido.
Vós os vais porque queréis,
y algún deseo lleváis,
pues porque queréis os vais,
cuando quedaros podéis. 730
Al peligro anteponéis
el ángel que en la posada
debe de estar lastimada.
¡Mirad qué estraños desvelos,
que os estoy pidiendo celos, 735
sin amor ni ser amada!
Dicen que la enfermedad
tiene la espada desnuda,
cuando está la vida en duda;
y en mí el ejemplo mirad. 740
A matar la libertad,
la espada desnuda entrastes¹,
aunque piadosa me hallastes;
pero el efeto que hicistes
no os lo dije, pues os fuistes 745
con más prisa que llegastes.
Id en buen hora a buscar
esa dama venturosa,
que estará tan cuidadosa
como me habéis de dejar. 750
Mirad si queréis llevar
alguna cosa de aquí;
que os aseguro que fui
dichosa en que luego os vais,

-fol. 164r-
porque si más os tardáis, 755
me llevarades a mí.

DON JUAN Leonarda, si yo me voy

	es por no daros enfado, que del ángel lastimado legítimo hermano soy;	760
	y el favor que me dais hoy, en el alma le imprimí. Bien quisiera estarme aquí, si tuviera atrevimiento, porque este humilde aposento fuera cielo para mí. El cuidado de mi hermana confieso que me le da.	765
LEONARDA	¿Qué es vuestra hermana?	
DON JUAN	No está lejos, sabedlo mañana.	770
MARTÍN	¿Para qué andáis por rodeos donde se os ven los enojos, pues por la boca y los ojos andáis trocando deseos? Pensad la partida bien; que él se muere por no irse, y tú, si puede decirse, porque se quede, también. Por lo menos, ya que fuese prisión esta voluntad, hasta saber la verdad responde, aprueba y estese. ¡Ea!, ¿qué os estáis mirando?	775
DON JUAN	Por mí, yo me quedo aquí.	
LEONARDA	Y yo, ¿qué diré de mí?	785
MARTÍN	Di que lo estás deseando.	
RUFINA	¿Y él no tiene hermana allá?	
MARTÍN	No, perra, perla quería decir, que tú lo eres mía.	
RUFINA	Tu hermano ha venido ya.	790
LEONARDA	Salgamos del aposento,	

y cierra tú.

DON JUAN Adiós.

LEONARDA Adiós.

RUFINA En fin, ¿se quedan los dos?

LEONARDA O es amor, o atrevimiento.

(Vanse, queda LEONARDA, y sale FELICIANO.)

FELICIANO Leonarda, señora mía. 795

LEONARDA Cuánto me alegro de verte,
que me has tenido con pena
de ver que tan loco fueses
a acompañar otro loco.
¿Qué ha sucedido?, ¿qué tienes? 800
¿Habéis hallado, por dicha,
al forastero valiente?
Mas, ¿que le habéis muerto?

FELICIANO Yo
soy el que vengo a la muerte.

LEONARDA ¡Ay, cielos!, ¿estás herido? 805
¿Dónde? ¿Cómo?

FELICIANO Espera, tente,
que es una herida invisible,
de que sola el alma muere.

LEONARDA ¿El alma puede morir?

FELICIANO ¿De amor, hermana, no puede? 810

LEONARDA ¿Pues tú sabes qué es amor?
que con gusto indiferente
a ninguna quieres bien,
y dices que a todas quieres?

FELICIANO Como yo pienso, Leonarda, 815
que mi dinero pretenden,

guardo el alma, y doy la bolsa,
que es lo que ellas apetecen.
Dijéronnos la posada
de aquel don Juan, y cual suelen 820
romper los aires los rayos,
fuimos a cal de la sierpe;
entramos, pensando hallar
prendas de don Juan, y enfrente
estaba un retrato suyo, 825
con alma entre viva y nieve.
una doña Ángela, un ángel,
claro está, pues lo parece,
con unas lágrimas tristes,
que hicieran la noche alegre. 830
Las lágrimas te encarezco,

-fol. 164v-

para que por ellas pienses
cuál deben de ser los cielos
que tales lágrimas llueven.
Pero si llorando y tristes 835
nombre de cielos merecen,
¿qué serán con alegría
ojos que tal gloria tienen?
Abrió por medio un clavel;
¡ya quisieran los claveles 840
tomar las perlas que vi!,
y dijo en razones breves
la desdicha en que se hallaba.
Hablela yo tiernamente,
que no supo a tanto sol 845
el corazón defenderse;
pesó a perlas mis palabras,
enternecida de verme
de su parte en su desdicha,
que a veces, Leonarda, mueve 850
al llanto en las desventuras
el ver que alguno las siente.
Prometí darla favor;
don Pedro enojose, y fuese,
y aunque yo también me fui, 855

- diré la verdad, quedeme.
 Di para regalos de hoy
 cincuenta escudos al huésped,
 que llevaba en un bolsillo.
 Con esto he venido a verte, 860
 porque sepas que don Pedro
 puede buscar quien le vengue;
 porque yo pienso, Leonarda
 (y riñeme como sueles),
 tener el ángel que digo, 865
 por mi dueño, para siempre.
- LEONARDA Lo que yo pienso reñirte,
 pues sabes que las mujeres,
 de ver otras en desdichas
 se lastiman fácilmente, 870
 es que a persona tan noble
 esa miseria le dieses,
 cuando le dabas el alma.
- FELICIANO Razón, mi Leonarda, tienes,
 mas, ¿no ves que las que pesan, 875
 por miedo de los fieles,
 a lo principal añaden
 otra cosa diferente?
 Así al alma puse el oro,
 no porque valor hubiese, 880
 pero por cumplir el peso,
 aunque me pesa de verme
 en peso tan desigual;
 si bien es un tiempo a queste
 que a peso del oro hay almas 885
 y almas que por él se pierden.
 Ya lo di, corrido estoy.
- LEONARDA Poco el oro me parece
 para contrapeso de alma.
- DON JUAN No tuve más, ¿qué me quieres? 890
- LEONARDA En tal ocasión, hermano,
 y más si amor te enloquece,
 era lo cierto decir,

- como hombre cuerdo y prudente:
«Yo tengo en casa una hermana,
que en esta ocasión os puede
tener consigo entretanto
que este negocio remedien
ruegos, dineros y amigos.» 895
- FELICIANO Luego si yo la trujese,
¿la tendrías tú contigo? 900
- LEONARDA ¿Eso dudas? ¿Luego entiendes
que tengo el alma de piedra?
Iré por ella si quieres,
y si hay lugar en tristezas,
le diré lo que mereces. 905
- FELICIANO ¡Ay, Leonarda de mis ojos!
A tus pies quiero atreverme
a pedirte que me obligues,
y que esta dama consueles. 910
Haz poner el coche, y parte
a la calle, que parece
que, estando a los pies de un ángel,
- fol. 165r-
entonces fue de la sierpe.
Toma mi hacienda, mi vida,
como sola el alma dejes,
y esto porque no la tengo. 915
- LEONARDA Llama, Rufina, esa gente,
hoy que el ángel de mi hermano
el coche en oro convierte. 920
- RUFINA ¡Basta, que estáis dos a dos!
- FELICIANO ¡Ay, Ángela, si te vieses
en esta casa mis ojos!
- LEONARDA ¡Ay, don Juan, cuánto me debes!
- RUFINA ¡Ay Martín!, si a mi color
tal San Martín le viniese. 925

Acto II

Salen DON JUAN y MARTÍN.

MARTÍN	Parece nuestra historia encantamento.	
DON JUAN	No lo parece si lo es.	
MARTÍN	Al día abre las puertas con dorado aliento la bella aurora que las flores cría.	
DON JUAN	Estaba (como digo) en mi aposento, cuando la noche el filo igual tenía en la balanza con que pesa estrellas, más triste que ella suele estar sin ellas. Pensaba solo en mi querida hermana, cuando oigo abrir la puerta, y que Rufina me dice que Leonarda, más humana, hablarme en su aposento determina. Voy tras la esclava, como sombra vana, mira tú con qué luz mi error camina, y, asido de su enfaldo, a oscuras llevo a la esfera bellísima del fuego. Una bujía, en una cuadra ardía, y con vislumbre trémula enseñaba lo que en la cuadra bien compuesta había, que una cama de seda y oro estaba, el ámbar de aire, en viento le servía, que por las cuatro partes respiraba. Allí yo te confieso que suspenso llegar mi dicha por la posta pienso. «¿Qué os detenéis?», (me dice la mulata).	5 10 15 20 25

-fol. 165v-

	«Corred, cobarde, esta cortina luego.» Y, descubriendo un cielo de oro y plata, de una hermosa mujer me abrasa el fuego. Yo, cuando pienso que Leonarda trata de algún yerro de amor, que es siempre ciego, conozco que es doña Ángela, mi hermana, y fuese en humo mi esperanza vana.	30
--	--	----

«¿Qué es esto (dije), dulce hermana mía?»
 Y como con su rostro me juntaba,
 sentí que huésped en la cama había, 35
 que Leonarda de celos suspiraba.
 Martín, yo te confieso el alegría
 que ver mi hermana en tal lugar me daba;
 pero que en parte me pesó, pues creo
 que fuera más dichoso mi deseo. 40
 Después de hablar con ella más de una hora,
 le dije: «¿Cómo este lugar tomaste,
 pues era de Leonarda, mi señora?
 ¿Tan presto el noble término olvidaste?»
 «Mandome (respondió) mudarle agora 45
 para poder hablar cuando llegaste;
 pasa de la otra parte, porque puedas
 agradecer lo que obligado quedas.»
 «Yo escucho desde aquí», (dijo Leonarda);
 y detúveme yo, cobardemente; 50
 pero ella, presumiendo de gallarda,
 remitió su temor a su accidente;
 fingió que el animal, el que acobarda
 más las mujeres, se atrevió a su frente.
 Ya ves con qué donaire fingiría 55
 el miedo, que era entonces osadía.
 Ya desvía las trenzas, ya la ropa,
 ya del cuello los cándidos cambrayes,
 ya se vuelve a cubrir con lo que topa,
 mezclando alegre risa en dulces ayes. 60
 Yo, viendo mi fortuna viento en popa,
 le dije al corazón: «no te desmayes»,
 cuando la luz a ruego suyo inclina,
 aunque mulata su color, Rufina.
 Suelos en crespos rizos sus cabellos, 65
 ondas de la tormenta del espanto,

-fol. 166r-

puso risueña, en mí, los ojos bellos,
 no siendo el animal que temía tanto,
 ratró el alma entre las luces dellos,
 y finjo, por la colcha que levanto, 70
 que pasa el animal, y que le veo;

y era, lo que pasaba, mi deseo.
 No ha visto el mismo amor desde que miente,
 que desde que nació mentir sabía,
 tan bien fingido espanto y accidente, 75
 más bien trazado para dicha mía;
 y fuelo grande estar su hermano ausente,
 (porque a acostarse le conduce el día),
 que nos pudiera oír; mas la ventura,
 cuando ella quiere, todo lo asegura. 80
 El rostro bajo a la bordada orilla
 de la cama, por ver si hallaba el rastro,
 y hallé una desmayada zapatilla,
 que le faltaba el alma de alabastro.
 Bien haya la limpieza de Sevilla, 85
 porque por vida de don Juan de Castro,
 que el más grave señor hacer pudiera
 la limpia zapatilla bigotera.
 Con esto, a mi aposento vuelvo, y digo
 a mi fortuna mil requiebros, tales, 90
 que desde agora a no sentir me obligo
 por tales bienes, los mayores males;
 no ha sido el sueño de mi bien testigo,
 que apenas en los fúlgidos umbrales
 del cielo puso el pie la blanca aurora, 95
 cuando me halló como me ves agora.

MARTÍN

Suceso extraño y último sosiego
 de tu temor; más breve fue mi historia.
 Por la mulata, a la cocina llevo,
 que andaba en esos pasos de tu gloria. 100
 Dormía, echado en el umbral del fuego
 un mastín que pudiera andar la noria.
 Siento roncar, y paso a paso aplico
 la humilde boca al temerario hocico;
 pero, a penas la boca en él repara 105
 que olía a pepitoria, y no a camuesas,
 cuando, ladrando, me agarró la cara

-fol. 166v-

y en los carrillos me estampó las presas;
 pues luego mi fortuna en eso para,

	quiero correr, tropiezo en dos artesas,	110
	y doy en la espetera con la frente,	
	despertando los gatos y la gente.	
	Cuál me salta a la cara, cuál me agarra	
	por una pantorrilla, pierdo el tino,	
	muerdo en el puerto, y sin hallar la barra,	115
	por embocar la puerta, desatino.	
	¿Qué galgo con cencerro o con guitarra,	
	sacudiendo la cola, huyendo vino	
	por las Carnestolendas, como salgo?	
	Las manos dejo, y de los pies me valgo.	120
	Pero ya que salí de la cocina,	
	huyendo del ladrante seguimiento,	
	por ir al aposento de Rufina,	
	de las conservas hallo el aposento.	
	¡Oh, bien haya don Juan la luz divina,	125
	de cuanto vive, lustre y ornamento,	
	pues con ella a tus ojos he llegado,	
	oloroso, mordido y arañado!	
DON JUAN	Gente suena, aquí te esconde	
	hasta que sepas quién es.	130
MARTÍN	¿Tengo de hablarte después?	
DON JUAN	Mi soledad te responde.	
	(Vase.)	
MARTÍN	Muy bien te puedes estar,	
	que es Leonarda mi señora.	
(Sale LEONARDA.)		
LEONARDA	Martín.	
MARTÍN	Pareces aurora	135
	en la luz, y el madrugar.	
	Querrás andar en tu casa,	
	indiana en fin.	
LEONARDA	Otro fin	
	me ha despertado, Martín,	

	que de hacienda de Indias pasa.	140
MARTÍN	Dígolo porque tenéis fama de ser miserables por los trabajos notables que en tierra y mar padecéis. Pero, ¿qué te ha levantado?	145
LEONARDA	Un desasosiego injusto.	
MARTÍN	¿Es disgusto?	
LEONARDA	No es disgusto, que no hay gusto con cuidado.	
MARTÍN	¿No será pena de amor, que dan gusto sus desvelos?	150
LEONARDA	No le puede haber con celos.	
MARTÍN	De celos es la mayor. Pero, ¿celos tú?, ¿de quién?	
LEONARDA	Mis celos son testimonio de que se ha vuelto demonio mi amor.	155
MARTÍN	No lo entiendo bien.	
LEONARDA	¿Qué nombre le puedo dar, si tengo de un ángel celos?	
MARTÍN	¿De eso nacen tus desvelos?	
LEONARDA	Si me ha querido engañar don Juan, por haber pensado	160
	<u>-fol. 167r-</u> que le he de ayudar mejor, engañase, que el amor no paga bien, engañado. Doña Ángela no es su hermana.	165
MARTÍN	¡Es, por Dios!, y no es razón que juzgues de su intención por una apariencia vana.	

LEONARDA	Yo sé que su dama es, y que lo quiere encubrir, y a mí no me ha de mentir por tan pequeño interés; que me va la vida a mí en tener mi libertad.	170
	Él sabe mi calidad, tan buena como él nació. Yo regalaré su dama; no por eso ha de pensar que es mejor aventurar el crédito de mi fama.	175
	Ella es muy linda, ¡por Dios!, y en él muy bien empleada, ya la he visto despojada. Bien se pagaron los dos.	180
	Hasta verla, tuve en duda la voluntad y la vida; desvelos me dio vestida, celos me ha dado desnuda. No es cosa para sufrir; que celos antes de amor,	185
	es como necio acreedor que firma sin recibir. Di que no me hable más en lo que habemos tratado.	190
MARTÍN	Si mi señor te ha engañado, no vuelva a Madrid jamás. Plega a Dios, que un ignorante me lea, ilustre señora, en verlos, versos un hora, y un mal músico me cante.	195
	Y que algún falso deudor, de estos mohatrerros viejos, por audiencias y consejos, haga pedazos mi honor.	200
	Plega a Dios que sea creída la primera información, y quítenme la opinión, que sin opinión no hay vida.	205

	Que me vendan mis parientes y me olviden mis amigos, y que a mil falsos testigos nazcan otros tantos dientes. Que sirva a señor ingrato, y si hubiere lugar, quiero que me tire un candelero a quien pidiere barato,	210
	Que se aficiona a capones mi dama, por voces vanas, y si tuviere tercianas, me curen por sabañones.	215
	Que compita con bonete, y me atruene un bachiller; que hable grueso mi mujer, y mi criado en falsete.	220
	Que me ensucien una aldaba, cuando por llamar la tuerza, y que me casen por fuerza, que con voluntad bastaba.	225
LEONARDA	Ya te conozco, Martín, para tordo eres mejor. Yo entendí que tu señor miraba otro blanco y fin. Lo dicho, dicho; no hay más.	230
MARTÍN	Oye, señora, detente. Escucha.	
LEONARDA	Vete, insolente. (Vase.)	235
MARTÍN	¿De esa manera te vas?	
 (Sale FELICIANO.)		
FELICIANO	¿Qué es esto?	
MARTÍN	Perdiose todo.	
FELICIANO	¿Quién sois, y qué hacéis aquí?	

-fol. 167v-

MARTÍN	Señor, yo vine; yo fui.	
FELICIANO	Quien se turba de ese modo, bien claro dice quién es.	240
MARTÍN	Soy cajero, y he vendido unas randas que he traído, como lo sabréis después. Si algunas voces he dado, por mi dinero será.	245
FELICIANO	Y la caja, ¿dónde está?	
MARTÍN	Aquí en frente la he dejado, de donde agora pasé.	
FELICIANO	¿Y a quién las habéis vendido?	250
MARTÍN	Si a vuestra mujer ha sido, o a vuestra hermana, no sé; y aquí estaba una esclavilla, la cual, Rufina se llama.	
FELICIANO	No es mi mujer esa dama.	255
MARTÍN	Yo sé poco de Sevilla.	
FELICIANO	¿De qué nación?	
MARTÍN	Turco soy.	
FELICIANO	¿Turco?	
MARTÍN	Digo de Turín.	
FELICIANO	¿Piamontés?	
MARTÍN	Sí, piamontín. En grande peligro estoy.	260
FELICIANO	¿De qué país del Piamonte?	
MARTÍN	De Illescas.	
FELICIANO	¿De Illescas?, ¿cómo?	
MARTÍN	Tal miedo de veros tomo;	

porque yo soy de Belmonte.

FELICIANO No me agradáis. ¡Ah, Leonarda! 265

(Sale LEONARDA.)

LEONARDA ¿Es Feliciano?

FELICIANO Yo soy.

MARTÍN Gracias a los cielos doy;
nunca su socorro tarda.
¿A vuestra merced no he dado
unas randas, de que espero
en esta puerta el dinero? 270

LEONARDA Unas randas le he comprado.

FELICIANO Perdonad, hombre de bien.

MARTÍN Las sospechas, caballero,
perdono, mas no el dinero. 275

FELICIANO Pagaros quiero también.
Venid, amigo.
(Vase.)

LEONARDA Martín,
escuchad.

MARTÍN ¿Qué me mandáis?

LEONARDA Que a verme siempre vengáis.

MARTÍN Pensé que dábamos fin
a nuestros cuentos, por Dios;
pero más ventura fue,
pues descubierto podré
hablar, señora, con vós.
(Vase.) 280

LEONARDA A las perlas del alba descogían
pintadas hojas las abiertas flores,
cuando, en alegre paz, dos ruiseñores 285

su nido sobre un álamo tejían.
Pero en el tiempo que coger querían
el fruto de sus cándidos amores, 290
llegaron otros dos competidores,
que cuanto fabricaban deshacían.
Las pajas de que ya vestido estaba
bañaron en cristal los arroyuelos
de una fuente que el álamo bañaba. 295
Así fueron mis ansias y desvelos
cuando pensé que nido fabricaba.
Tal fin promete amor, principio en celos.

-fol. 168r-

(Sale DOÑA ÁNGELA.)

DOÑA
ÁNGELA ¿Estás sola?

LEONARDA ¿No lo ves?

DOÑA
ÁNGELA Mi hermano, Leonarda mía, 300
a asegurarte me envía,
para que de mí lo estés.
Supícate que me des
crédito por desagravio
de tu amor, que no es tan sabio 305
amor, que, a no ser su hermana,
fuera la riqueza humana,
parte a sufrir un agravio.
Y mucho lo estoy de ti
en no haberte parecido 310
aquello mismo que he sido
desde el día en que nací.
¿Por qué presumes de mí
que si yo fuera su dama
aventurara tu fama 315
infamando tu nobleza?
Porque no hay mayor bajeza
que ser tercero quien ama.
¿Mas, de qué sirven rodeos?
Para más seguridad, 320

	pagaré con voluntad de tu hermano los deseos. Amor de honestos empleos, no exceda, ni te levante más que a ser cortés amante.	325
	Mira tú si puede haber para celos de mujer, seguridad semejante.	
LEONARDA	Doña Ángela, en tiempo breve, no puede haber mucho amor.	330
	Esto ha sido que el amor se previene a lo que debe. Cuando una mujer se atreve a amar, mire los sujetos causa de iguales efetos;	335
	que examinar el valor antes de tener amor es prevención de discretos. Nunca aventuran la fama tan presto nobles mujeres,	340
	si, como su hermana eres, fueras, Ángela, su dama. ¿Qué nobleza no se infama amando lo que es ajeno?	
	Ya tengo tu amor por bueno, ya con mis celos acabo; tu satisfacción alabo y mi sospecha condeno.	345
	Si a mi hermano favoreces, daré favor a tu hermano, que ya sabe Feliciano lo que vales y mereces.	350
	La fortuna muchas veces ofrece las ocasiones, si a las Indias te dispones,	355
	aquí es mejor que te pares, sin andar por altas mares, peregrinando naciones. Aficioneme de ver que sacase un caballero	360

en mi defensa el acero,
solo porque soy mujer.
Ángela, no he menester
dineros, sino contento;
ayuda mi pensamiento 365
que, fuera de mi nobleza,
no hay en las Indias riqueza,
que iguale tu casamiento.

DOÑA
ÁNGELA Yo, señora, haré tu gusto,
fuera de ser de mi hermano. 370

LEONARDA Daba a don Pedro la mano,
no con pena ni disgusto;
pero ya querer es justo,
a quien defiende mi honor.

(Sale RUFINA.)

RUFINA Don Antonio, mi señor, 375

-fol. 168v-

viene con don Pedro a hablarte.
Escóndete.

DOÑA
ÁNGELA ¿Si es casarte?

LEONARDA No hay obediencia en amor.

(Vase ÁNGELA.)

(Salen DON ANTONIO y DON PEDRO.)

DON
ANTONIO ¿En tal peligro queda?

DON PEDRO No parece
que una hora puede dilatar la vida. 380
Mengua el valor y el accidente crece.

	Mi casa queda toda reducida a sola mi persona.	
DON ANTONIO	Si en vós queda, será más aumentada que perdida.	
DON PEDRO	Bastante hacienda y mayorazgo hereda quien solo quiere ser esclavo vuestro, cuando esta dicha el cielo me conceda.	385
DON ANTONIO	Vós conocéis el justo amor que os muestro. Aquí está mi Leonarda, que en su gusto sabéis, don Pedro, que se mueve el nuestro. Leonarda, sin respuesta, sin disgusto, hoy se ha de hacer este concierto, hoy quiero que lo que quiero yo, tengas por justo. Es don Pedro tan noble caballero, que quiero honrar mi casa de la suya. Doyle, sin joyas tuyas, en dinero, cuarenta mil ducados, aunque es tuya mayor parte después; dale la mano para que la escritura se concluya. Mayorazgo he fundado en Feliciano, ya sabes que es razón, diez mil de renta (gracias a Dios), le quedan a tu hermano. Que en la nobleza y las virtudes cuenta, tiene por dote de mayor decoro, lo que la vida y la opinión aumenta.	390 395 400 405
DON PEDRO	Si llevo en mi Leonarda tal tesoro, ¿no me basta saber que es prenda mía? ¿Qué valor en su pie merece el oro?	
LEONARDA	Estimo vuestra noble cortesía, señor don Pedro, aunque yo estaba ajena de que la dicha que decís tenía. Esto solo os respondo.	410
DON ANTONIO	No condena la vergüenza jamás estas acciones. Vamos adentro, no la demos pena.	

DON PEDRO No voy contento yo de sus razones,
disgusto me parece que ha sentido. 415

DON ANTONIO Fingen disgusto en estas ocasiones.

DON PEDRO Poco dichoso con Leonarda he sido.

DON ANTONIO Aquel encogimiento fue forzoso.

DON PEDRO Aun no fui de sus ojos admitido. 420

DON ANTONIO Vós lo seréis cuando seáis su esposo.

DON PEDRO Dadme licencia que después la vea.

DON ANTONIO Dueño sois de esta casa.

DON PEDRO Venturoso
padre y señor quien tanto bien posea.

(Vanse los dos.)

LEONARDA ¿Quién pensara que tan presto
tuvieran fin semejante
mis pensamientos altivos? 425

RUFINA ¿Puede mi señor forzarte?

LEONARDA Puede quitarme la vida.

(Salen DON JUAN y MARTÍN.)

DON JUAN Déjame, necio.

MARTÍN ¿Qué haces? 430

DON JUAN ¿Qué tengo de hacer? Morir.

MARTÍN ¿Pues de esa manera sales?

LEONARDA ¿Qué es esto, don Juan?

DON JUAN Perderme.

LEONARDA ¿Adónde vas?

DON JUAN A matarme.

LEONARDA ¿Por qué, señor?

DON JUAN Por tu gusto.

435

LEONARDA ¿Gusto de qué?

DON JUAN De casarte.

LEONARDA ¿Oíste a mi padre?

DON JUAN Sí.

LEONARDA ¿Pues qué dijo?

DON JUAN Que me mates.

LEONARDA ¿Yo qué respondí?

DON JUAN Tibiezas.

LEONARDA ¿Y don Pedro?

DON JUAN Necedades.

440

LEONARDA Sosiégate.

DON JUAN ¿Cómo puedo?

LEONARDA ¿Digo el sí?

DON JUAN Bastó callarle.

LEONARDA Necio estás.

DON JUAN Soy desdichado.

LEONARDA Y yo mujer.

DON JUAN Eso baste.

LEONARDA Háblame bien.

DON JUAN	Estoy muerto.	445
LEONARDA	Escucha.	
DON JUAN	¿Qué he de escucharte?	
LEONARDA	Eso es locura.	
DON JUAN	Es por ti.	
MARTÍN	Parecen representantes, que saben bien el papel.	
LEONARDA	Martín, así Dios te guarde. ¿Siente don Juan lo que dice?	450
MARTÍN	¿Si lo siente? ¡Qué donaire! Pues, vesle salir sin seso, ¿y preguntas disparates?	
DON JUAN	¡Ea, Martín! ¡A embarcar!	455
MARTÍN	¿Cómo quieres que me embarque; si he empleado mi dinero en holandas y cambrayes? Soy de esta casa cajero. Pesquele quinientos reales a Feliciano, y pretendo tratar en Italia y Flandes.	460
DON JUAN	Digo que te embarques luego.	
MARTÍN	¿Dónde tengo de embarcarme?	
DON JUAN	Dentro del mar de mis ojos.	465
MARTÍN	Notables sois los amantes.	
DON JUAN	Mas no, que corre tormenta, y era forzoso anegarte.	
LEONARDA	Ve, Rufina, al corredor, porque puedas avisarme; tú, Martín, lince has de ser en la puerta de la calle, que quiero hablar libremente.	470

RUFINA Yo voy.
MARTÍN Y yo a ser Alcaide.

(Vanse los dos.)

LEONARDA Don Juan, las ingratitudes 475
ofenden las voluntades,
mucho en poco tiempo debes

-fol. 169v-

al alma que supo amarte.
¿Cuál hizo más de los dos?
¿Tú en quererme o yo en dejarme 480
engañar de los requiebros,
cosa a los hombres tan fácil?

¿Qué mudanza has visto en mí?
¿Qué es lo que dije a mi padre?
¿Qué te obliga a hacer locuras? 485
¿Puede por fuerza casarme?

No puede, y más que te busca
Feliciano por mil partes,
obligado a defenderte,
por mi inclinación notable 490
al servicio de tu hermana.
Por Dios, don Juan que repares
en la pena que me das.

DON JUAN No sé como puedo hablarte 495
con las desdichas presentes,
porque es razón que me alcancen,
que quien escucha, oiga mal.

Lo que escuché fue bastante
para temer la caída
de mi fortuna mudable. 500

Si tu padre, prenda mía,
con resolución tan grande
quiere casarte, ¿qué importa,
que tú con tu hermano trates
resistir la voluntad? 505

LEONARDA No hayas miedo que me case
con don Pedro, don Juan mío,
que si de mi hermano sabes
que desea conocerte,
no será mi padre parte 510
para casarme por fuerza.

DON JUAN ¡Qué notables tempestades
corre esta pobre barquilla
en dos tan breves instantes!
¿Es posible que en dos días 515
cosas por un hombre pasen,
que aun en dos años parecen
imposibles de contarse?
Mil veces en mi aposento
pienso que puedo engañarme, 520
porque me niego a mí mismo
ser tan presto y ser verdades,
o, por lo menos, que duermo,
y que sueño disparates,
por más que los nacimientos 525
conciertan las amistades.
Entré, señora, en tu cuadra;
vi con doña Ángela un ángel,
y por unas celosías
de cabellos descuidarse 530
blanco marfil mal ceñido
de lágrimas orientales,
vi dos manzanas de nieve,
escritas de azul esmalte,
y dije: «¡Bien haya el árbol 535
donde tales frutos nacen!»
Luego vi encubrirse todo,
quedando solo en cristales
unos rayos que tenían
breves grillos de diamantes. 540
Vine con esto más loco,
olvideme de mis males,
que no esperados placeres
olvidan grandes pesares.
Prometime de tener 545

dueño que el mundo envidiase,
rico, noble, hermoso, ilustre,
de alto valor, de alta sangre,
en pago de la defensa,
y alabanzas inmortales; 550
que me deben las mujeres
honras, virtudes, linajes,
desde que ceñí la espada,
no sufriendo que afrentasen
mujer ninguna a mis ojos, 555
lo cual me ha costado cárcel,
heridas, perder la patria,
envidias, enemistades,
oficios, cargos, hacienda,

-fol. 170r-

hasta que puede obligarte 560
con lo que sabes, señora,
que te ha obligado a ampararme.
Y apenas quise salir,
no a dejar mis soledades,
sino por ver si te vía, 565
cuando el sueño se deshace,
oigo decir que te casas,
y oigo decir que me maten.

LEONARDA Don Juan, un hombre valiente,
¿tan tiernos extremos hace? 570
Mirad que entrastes muy bravo
para salir tan cobarde.
¿Qué seguridad queréis
para que con vós me case?

DON JUAN Una firma suele ser 575
firmeza de amor constante.

LEONARDA Voy a escribir un papel.

DON JUAN ¿Y firmarasle?

LEONARDA Esperadme.
Mal conocéis las mujeres
con amor.

DON JUAN El cielo os guarde. 580

(Vase.)
Fortuna que a Sevilla me trujiste,
huyendo del rigor en que me hallaste,
¿en qué mar a las Indias me embarcaste,
que con tal brevedad me enriqueciste?
Mas no es el fin del bien que le conquiste, 585
si de la posesión te descuidaste,
pues para más tristeza me alegraste,
que no hay alegre bien si el fin es triste.
No me des dichas para no gozallas,
no me des glorias para no tenellas, 590
ni el breve bien que en esperanzas hallas;
que no pudiendo asegurarse dellas,
parece que es más dicha no alcanzallas,
que vivir con el miedo de perdellas.

(Al entrarse DON JUAN, sale FELICIANO.)

DON JUAN ¿Quién es? ¡Notable desdicha! 595

FELICIANO ¿Qué es lo que mandáis aquí?

DON JUAN **(Aparte.)**
Aunque perderla temí,
muy breve ha sido mi dicha.
Aquí no hay otro remedio
como decir la verdad, 600
que será temeridad
perder lo que hay de por medio.
¿Sois Feliciano?

FELICIANO Yo soy.

DON JUAN A vós os busco.

FELICIANO ¿A qué efeto
me buscáis?

DON JUAN Yo soy don Juan 605
de Castro y Puertocarrero.

FELICIANO ¿Sois el que a don Diego hirió?

DON JUAN Soy el que ha herido a don Diego.

FELICIANO Saco la espada.

DON JUAN Esperad,
y sabréis a lo que vengo. 610

FELICIANO Vós, a matarme vendréis.

DON JUAN Oídmme, señor, os ruego,
dos palabras.

FELICIANO Ya os escucho,
aunque es por cierto respeto.

DON JUAN ¿Sabéis (que sí lo sabréis), 615
que reñimos bueno a bueno
don Diego y yo?

FELICIANO Bien lo sé.

DON JUAN Pues, según eso, ¿qué debo
-fol. 170v-
entre caballeros nobles?

FELICIANO De todo estoy satisfecho. 620

DON JUAN Esto es cuanto a la herida,
porque a vós, que no a don Pedro
doy esta satisfacción.

FELICIANO El término os agradezco.

DON JUAN Donde he estado retirado, 625
ha una hora que me dijeron
que la señora Leonarda,
con noble y piadoso pecho,
trujo a doña Ángela aquí.
Yo, como, en fin, forastero, 630
no conociendo las partes
con el honor que profeso,
por las tapias de la huerta
desamparé el monasterio,

	y aventurando la vida,	635
	a ver quién la trujo vengo.	
	Entré loco por la casa,	
	pero en sabiendo los dueños,	
	os pido humilde (que es justo),	
	perdón de mi atrevimiento.	640
	Suplícoos que la amparéis,	
	hasta que me vaya al puerto,	
	que en casa tan principal	
	pienso que la puso el cielo.	
	Con esto y vuestra licencia,	645
	al monasterio me vuelvo,	
	y si saliere justicia	
	(cosa que volviendo temo),	
	las manos me han de valer,	
	que a los pies poco les debo.	650
FELICIANO	Puesto que yo soy amigo	
	de don Pedro y de don Diego,	
	lo soy más de la verdad	
	y del valor de los pechos.	
	A estas horas puede ser	655
	que esté don Diego muriendo,	
	ya que por tan justa causa,	
	en peligro os habéis puesto;	
	no habéis de salir de aquí,	
	porque no es justo, ni quiero,	660
	si no es que yo os acompañe,	
	que si de Leonarda el celo	
	fue amparo de vuestra hermana,	
	también obligado quedo,	
	por ella, por vós, por mí,	665
	y por Leonarda, a teneros	
	en mi casa, hasta que vais	
	seguro a Cádiz, o al puerto.	
	¿Haos visto alguno en mi casa?	
DON JUAN	Ninguno.	
FELICIANO	Pues mi aposento,	670
	sin que lo entienda mi hermana,	
	ni mi padre, daros quiero.	

DON JUAN Echareme a vuestros pies.

FELICIANO Aquel es del cuarto nuevo.
Esta es la llave, tomad, 675
id aprisa, cerrad presto,
y advertid que hay una puerta
por donde, si no habláis quedo,
os puede escuchar mi hermana,
por eso andad con silencio, 680
que a sus aposentos sale.

DON JUAN Mil años os guarde el cielo,
que desde hoy prometo ser
para siempre esclavo vuestro.
(Vase.)

FELICIANO ¿Qué pudo imaginar mi pensamiento, 685
que del alma viniese a la medida,
como hallar a don Juan, en cuya vida
estriba de mi amor el fundamento?
Cuando temí, para mayor tormento,
mi muerte en el rigor de su partida, 690
de los cabellos la ocasión asida

-fol. 171r-
dispone a dulce fin mi atrevimiento.
Ya estaba el alma sin tener sosiego,
vestida de mortal desconfianza;
pero valiome la esperanza luego. 695
Ella es el bien, mientras el bien se alcanza,
que como el árbol es materia al fuego,
así vive el amor con la esperanza.

(Sale LEONARDA.)

LEONARDA Como mi hermano ha venido,
don Juan se escondió.

FELICIANO Leonarda, 700
¿qué hay de nuevo?

LEONARDA Que me aguarda
un mal también prevenido.
Con don Pedro está firmando
mi padre las escrituras.

FELICIANO En voluntades seguras, 705
¿quién puede temer amando?

LEONARDA Si tú no temes, yo sí,
que hacer este casamiento
estorba mucho tu intento.

FELICIANO Leonarda, después que vi 710
a doña Ángela, que adoro,
sin saber quién es don Juan,
mil pensamientos me dan,
cuyos efectos ignoro.
¿Quieres a don Pedro bien? 715
¿Quieres casarte?

LEONARDA No hay cosa
cual una pregunta ociosa,
con que más penas me den.

FELICIANO No te puedo encarecer
lo que me alegra escucharte, 720
porque a serlo, solo es parte
querer tú ser su mujer.
Este ha de ser enemigo
de doña Ángela, si muere
su hermano, pues quien lo fuere, 725
¿cómo puede ser mi amigo?
¿Tengo de tener cuñado
que a doña Ángela persiga?

LEONARDA Feliciano, amor te obliga
de un ángel bien empleado. 730
Por ti no quiero casarme,
que también a mí me dan,
sin conocer a don Juan,
pensamientos de guardarme.
Sin saber por qué, me guardo 735
de lo que los dos intentan.

FELICIANO Por tu vida, que me cuentan
que es el hombre más gallardo
que ha venido de Castilla.
Que en un monasterio está, 740
donde a visitar le va
lo más noble de Sevilla.
¿Quieres que vaya por él
para que a su hermana vea?

LEONARDA Claro está que lo desea, 745
mas, ¿cómo vendrás con él?

FELICIANO En un coche, con recato.
Honor, no es esto ofenderos,
(Aparte.)
que antes es ennobleceros
lo que con Ángela trato. 750

LEONARDA Busca a mi padre, y dirás
esto que sabes de mí.

FELICIANO Yo voy; advierte, que aquí
esa palabra me das.

LEONARDA De don Juan digo que soy, 755
si tú quieres que lo sea,
aunque nunca a don Juan vea.

FELICIANO Loco por Ángela estoy.
(Vase.)

LEONARDA Bueno es ir por él agora,

-fol. 171v-

y dentro de casa está, 760
Vivid, esperanza, ya.
¿Oyes, Rufina?

(Sale RUFINA.)

RUFINA ¿Señora?

LEONARDA Abre ese aposento y llama

a don Juan.

RUFINA En él entré
denantes, y no le hallé; 765
hice de espacio la cama,
y como vi que no vino,
fuime.

LEONARDA ¿Dónde puede estar?
Que, no habiendo otro lugar,
pareciera desatino. 770
¡Ay de mí si se partió
temiendo mi casamiento!

RUFINA Pues él no está en mi aposento,
lo mismo imagino yo.

LEONARDA Él se fue desconfiado. 775
¿Qué haré? Muerta soy, ¡ay, cielos!
¡Estraña fuerza de celos!

RUFINA Si se fue, ¿qué te ha llevado,
que los ojos de agua llenos,
haciendo estremos estás? 780

LEONARDA Del alma lleva lo más,
del cuerpo lleva lo menos.

(Salen DOÑA ÁNGELA y MARTÍN.)

DOÑA
ÁNGELA Leonarda.

LEONARDA Ángela.

DOÑA
ÁNGELA ¿Qué es esto?

LEONARDA Don Juan es ido, estoy loca.

DOÑA
ÁNGELA ¿Don Juan?

LEONARDA Con causa tan poca, 785
que se echa de ver cuán presto

olvida quien presto quiere.

MARTÍN No era muy poco temer
ser de don Pedro mujer,
para que su muerte espere. 790

DOÑA
ÁNGELA No me puedo persuadir
que me dejase mi hermano.

LEONARDA Pues que te ha dejado es llano,
para dejarme morir.

MARTÍN Él no salió por la puerta. 795

LEONARDA Sí salió, que siendo bien
cuando se va no le ven.

MARTÍN Tu hermano viene.

LEONARDA Estoy muerta.

(Salen FELICIANO y DON JUAN.)

FELICIANO Ángela, para alegraros
os traigo lo más que puedo;
dad los brazos a don Juan. 800

DON
ANTONIO ¿Don Juan, mi hermano?

LEONARDA ¿Qué es eso?

FELICIANO En un coche, con amigos,
le saqué del monasterio.

DON
ANTONIO ¿Cómo no hablas, hermano? 805

DON JUAN Porque enmudece el contento
que viene sin esperanza.
Mucho a estos señores debo,
pues en tan grave desdicha
tanta merced nos han hecho. 810
¿Es la señora Leonarda?

LEONARDA Yo soy, a servicio vuestro.

- DON JUAN No solo os beso los pies,
la tierra que pisan beso.
- LEONARDA En extremo he deseado, 815
señor don Juan, conoceros;
que por allá habréis sabido
lo que a doña Ángela quiero.
- DON JUAN Sé la merced que la hacéis, 820
digna de tan nobles pechos.
Ya mi desgracia supistes.
Con razón temo a don Pedro,
que es quien pretende matarme,
mas ya me ha muerto de celos.
- LEONARDA **(Aparte.)** 825
¿Mataros?, no lo creáis,
no matará si yo puedo,
que hay muchos en esta casa
que pretenden defenderos.
- DON JUAN Como el señor don Antonio

-fol. 172r-
le quiere para su yerno, 830
de que os doy el parabién,
con justa razón le temo.
- LEONARDA Pues no temáis, que he de ser 835
(aunque por padre le tengo),
de quien quisiere mi hermano,
que solamente obedezco.
- FELICIANO Yo te casaré, Leonarda,
y no será con don Pedro.
- LEONARDA Mil veces te doy los brazos,
y el pensamiento agradezco. 840
- FELICIANO ¿Parécete bien?
- LEONARDA Sí, hermano.
- MARTÍN Abrace vusté al cajero
de casa.

DON JUAN Con mucho gusto.

MARTÍN Randas y cambrayes vendo;
si hay bodas, no hay que sacar 845
de Cal de francos, que tengo
ciertas holandas, manteles,
más que el propio pensamiento.
Comencé sin una blanca,
y a la primer flota pienso 850
enviar cuarenta fardos,
y tres doblando el dinero,
cargados naves que valgan
siete mil y cuatrocientos.
Luego compro mi lugar, 855
y en un coche me paseo;
miro grave y hablo culto,
y quito el sombrero a dedos.
Tres cosas hacen los hombres,
y los levantan del suelo: 860
las armas, letras y el trato.
Armas, no las apetezco,
viendo mil soldados mancos,
sopones de los conventos;
letras, no las aprendí; 865
trato desde aquí comienzo.
Fortuna, pues eres dama,
cuatro moños te prometo,
y diez naguas de algodón,
con que estés gorda tan presto, 870
que encubras por lo estofado
las cantimploras del suelo.

RUFINA Mi señor viene.

FELICIANO Don Juan,
volveos al monasterio,
que sabéis que cada día 875
ir a buscaros prometo,
y fiad de esta palabra.

DON JUAN Honráis un esclavo vuestro.
Adiós, señora Leonarda,

adiós, Ángela.

DOÑA
ÁNGELA Los cielos 880
os libren, don Juan.

LEONARDA Y os guarden
para lo que yo deseo.

△

Acto III

Salen DON ANTONIO y FELICIANO.

FELICIANO Cuando don Pedro salía
(que por su causa no entré),
escuché que te decía
«padre y señor», con que fue
cierta la sospecha mía. 5

DON
ANTONIO ¿Pues qué sospechas?

FELICIANO Sospecho
que habrás casado a Leonarda.

DON
ANTONIO Tratado está, no está hecho.
Como ser su esposo aguarda,
de tu amistad satisfecho, 10
entra por padre y señor,
más humilde que un deudor,

-fol. 172v-
porque cuantos se han casado,
de esta manera han entrado,
o sea interés o amor. 15
Pero a penas pasa un mes
cuando es suegro, y dél se afrentan,
y por cualquiera interés,
entre las cosas le cuentan
que se aborrecen después. 20
Pésales de ver que vive,

	como de heredar los prive, y dicen que un siglo dura.	
FELICIANO	Don Pedro, a tanta ventura, justamente se apercibe. Pero no se la darás, a lo menos con mi gusto, pues desobligado estás.	25
DON ANTONIO	¿Has tenido algún disgusto con don Pedro?	
FELICIANO	Yo, jamás.	30
DON ANTONIO	Pues dóysela yo por ti, cuya amistad con exceso no es de gusto para mí; ¿y agora sales con eso? ¿No es tu amigo?	
FELICIANO	Señor, sí, y a otros muchos preferido.	35
DON ANTONIO	No Feliciano, los dos habéis reñido, ¿qué ha sido?	
FELICIANO	Amigos somos, por Dios, no habemos los dos reñido.	40
DON ANTONIO	¿Hay pendencia? ¿Hay amenaza? ¿Habló mal de ti en ausencia? Que hay amigos de esa traza; lisonjean en presencia, y murmuran en la plaza. Por mujer debió de ser, alguna te habrá quitado. No niegues.	45
FELICIANO	Yo, ¿qué mujer?	
DON ANTONIO	¿Pues, como hoy te causa enfado lo que abonabas ayer?	50
FELICIANO	Porque mayorazgo era, presumiendo que muriera	

su hermano; y vive y está
 fuera de peligro ya;
 y que le dieras quisiera
 mejor marido a Leonarda. 55

DON ANTONIO ¿La palabra no se guarda?

FELICIANO Digo, señor, que es muy justo.
 Pero el no ser con su gusto
 me detiene y acobarda. 60

DON ANTONIO ¿Pues qué gusto es menester?
 ¿Tengo yo de obedecer
 a Leonarda, o ella a mí?
 Yo le conocí por ti,
 por ti será su mujer. 65
 Galas y joyas previno,
 de mi palabra fiado,
 y cumplirla determino.

FELICIANO Temor notable me ha dado.

DON ANTONIO ¿De qué?

FELICIANO De algún desatino. 70

DON ANTONIO ¿Quién le ha de hacer?

FELICIANO Mi hermana.

DON ANTONIO ¿Tu hermana?

FELICIANO Veraslo presto.

DON ANTONIO Pues fúndese en ser liviana,
 y tú necio y descompuesto;
 y casareme mañana. 75

FELICIANO Pues has llegado a decir
 disparate semejante,
 no te quiero persuadir.

DON ANTONIO Salte allá fuera, ignorante.
 (Vase.)

FELICIANO	No es ignorancia sufrir. En gran confusión me siento, don Juan está en mi aposento, yo por su hermana perdido, y don Pedro prevenido al injusto casamiento.	80 85
	¡Qué cortos plazos le dan al mal, y el bien como tarda! Todos en peligro están, mas, ¡ay cielos!, si Leonarda quisiera bien a don Juan...	90
	(Vase.)	

-fol. 173r-

(Salen DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, LEONARDA y MARTÍN.)

LEONARDA	Entrarás muy triste aquí.	
DOÑA ÁNGELA	Agravias su voluntad.	
DON JUAN	Confieso la soledad del tiempo que estoy sin ti; pero, luego que te veo, vence la satisfacción cuanto a la imaginación está pidiendo el deseo.	95
DOÑA ÁNGELA	El cuarto de Feliciano, de suerte compuesto está, que en él consolar podrá sus soledades mi hermano. Tiene muy ricas pinturas y escritorios excelentes.	100
DON JUAN	Son de unos ojos ausentes, Ángela, sombras oscuras. Abrí la puerta, y pasé al de Leonarda, que aquí amanece para mí el sol que anoche se fue.	105 110
	¿Cuál hombre, de cuantos trata	

	favorecer la fortuna, acostada vio la luna, en su círculo de plata? ¿No es verdad, Martín?	
MARTÍN	Señor,	115
	la luna es húmeda y fría, y comparalla sería, con Leonarda, poco amor. Cada mes, su condición hace trecientas mudanzas,	120
	que para tus esperanzas, contrarios efetos son. ¿De qué se sirve crecer a quien luego ha de menguar? Quien cuartos pudo inventar,	125
	¿pudo ser buena mujer? Demás que fue gran bajeza trocar en cuartos su plata por premio, ofendiendo, ingrata, su misma naturaleza.	130
	El cerro del Potosí ha hecho lo que ha podido, que hablemos en él os pido, y no haya cuartos aquí.	
LEONARDA	¿Cómo podré entretener a don Juan, mientras se esconde?	135
MARTÍN	Lo que el amor te responde, no quiero yo responder.	
LEONARDA	Pero jugando o hablando habrá de ser.	
MARTÍN	Pues contemos	140
	cuentos, porque no podremos entretenernos bailando; que, si no, yo y la mulata hemos puesto un gateado, que capona y rastreado	145
	son cuartos, y estotro plata.	

DON JUAN Si llega tan dulce día
que yo tenga libertad,
veremos tu habilidad.

LEONARDA Pues comienza, Ángela mía. 150

(Siéntanse los tres.)

DOÑA
ÁNGELA Yo no sé cuento ninguno;
pero también entretienen
cosas varias, y así os quiero
hacer de un pleito jueces.
Había un hombre de bien, 155
gran defensor de mujeres,
que tenía cierta hermana
que le acompañaba siempre.
Llamábase el hombre Octavio,
la dama Olimpia, y dos veces 160
se vieron por defenderlas
cerca de prisión o muerte.
Defendió una dama un día,
y ella también le defiende,
enamóranse los dos, 165

-fol. 173v-

los dos casarse pretenden.
El hermano de esta dama
vio a la hermana del ausente,
enamórose también,
y ella dicen que le quiere. 170
En fin, por temor de Otavio,
a decirlo no se atreve.
Agora os ruego, señores,
que me digáis cómo puede
vivir Olimpia, si amor 175
dificilmente se vence.

LEONARDA ¿Queréis que responda yo?

DOÑA
ÁNGELA Claro está que lo deseo.

LEONARDA	Pues haga Olimpia el empleo a que Otavio la obligó, pues que la enseña a querer, y los hermanos trocados quedarán en paz casados.	180
DON JUAN	¿Qué puedo yo responder?	
MARTÍN	¡Brava cifra, pesia tal, que enigma tan encubierta! si la quiere descubierta, Leonarda, ¿qué dicha igual?	185
LEONARDA	Sí quiero, y le pediré las albricias a mi hermano; pero oye un sueño.	190
MARTÍN	En vano sueñas; ya no hay para qué.	
LEONARDA	La madre de las tinieblas en la silla de su imperio daba las puertas al huerto, y las llaves al secreto. Estaban todas las cosas en un profundo silencio, hasta la envidia dormía, no hay más encarecimiento,	195
	cuando soñé que en un prado estaba sola durmiendo, a cuyas flores servía de abanillo el manso viento,	200
	y que vino un pardo azor, de una águila negra huyendo, que se amparaba en mis brazos, y que por tenerle en ellos desperté, y vi que me había llevado del pecho abierto el corazón en las uñas.	205
	¿Qué podrá ser este sueño?	210
MARTÍN	Notables andáis de cifras, que no lo entiende os prometo	

	uno de aquestos que saben castellano como griego. Declaraos un poco más, y lo que decís sabremos.	215
DON JUAN	Si te llevó el corazón (paloma Andaluz) durmiendo, el pardo azor de Castilla; hago testigo a los cielos, que te dejó toda el alma.	220
MARTÍN	¡Oh, qué fin para un soneto! Nueva manera de amor, seguidillas en requiebros. Azor de Castilla, paloma andaluz, quién los viera, madre, comer alcuzcuz.	225
DON JUAN	Este está borracho ya.	230
MARTÍN	Pluguiera a Dios.	
LEONARDA	Di tu cuento.	
DOÑA ÁNGELA	A gentil entendimiento encomendando se ve.	
MARTÍN	¿Tan linda te ha parecido la cifra que nos dijiste?	235
DOÑA ÁNGELA	Yo me entendí.	
MARTÍN	Sí entendiste, pues todos te han entendido.	
DON JUAN	Ay, mi Leonarda, si viera a doña Ángela casada con tu hermano, y que empleada mi vida y alma estuviera en tus méritos divinos, ¡qué vida fuera la mía! La fuerza de esta alegría hace pensar desatinos.	240
		245

Esta ciudad generosa

-fol. 174r-

fuera mi patria, saliera
al alba, pero no fuera
a buscar jazmín y rosa 250
al campo, sino a mi lado;
porque lo hallara en tu cara,
y yo en tus ojos hallara
luz serena y sol dorado.

Viera regalada mesa, 255
tan alegre al mediodía,
que de tanta dicha mía,
aun a mí propio me pesa.

Cuando la noche en su abismo
cerrara el cielo español, 260
durmiera yo con el sol,
antípoda de mí mismo.
¿Qué príncipe, qué señor
tan descansado viviera?

MARTÍN Por Dios, que no le dijera 265
tal requiebro un labrador.

DON JUAN ¿Pues qué le puedo decir?

MARTÍN Grosero amador estás;
aquí no has hablado más
que de comer y dormir. 270

DON JUAN ¿Sabes tú más?

MARTÍN Sí, en verdad.

DON JUAN ¿Eres tú culto, por dicha?

MARTÍN Eso fuera por desdicha,
que no por habilidad. 275
Dejo las cosas divinas,
a que un hombre está obligado,
después que se ha levantado;
ya, señor, las imaginas.

Pero después de comer,
¿no era justo regalar 280

	tu esposa y ver el lugar que una mujer quiere ver?	
DON JUAN	Bien es, Martín, que me riñas; los deseos me engañaron.	
MARTÍN	¿Por qué piensas que llamaron a las de los ojos niñas? Porque fue su condición ver cuanto pasa, y también el desear cuanto ven; que así las mujeres son.	285 290
	Llevémosla a Cal de Francos; que mil mujeres ha habido, que por no verlo encogido, no dan limosna a los mancos. Llevémosla por el río en un encerrado barco; que una ventana con marco hará triste el humor mío. Vea el sábalo salir del agua a la blanca arena, de lama y de concha llena, y entre las redes bullir. Vea cómo se alborota preso del cáñamo y plomo en otro elemento, y cómo la ñudosa red azota.	295 300 305
	Vaya en el coche también, por el campo de Tablada, que una mujer festejada sabe que la quieren bien. O a la Comedia, que algunas saben dejar los chapines, si hay rótulos buratines con su ramo de aceitunas. Vaya a esas huertas vecinas, vea frutas, corte flores, que no todos los amores se cubren de las cortinas. Siempre fue mi parecer que el que es discreto, don Juan,	310 315 320

nunca ha de ser más galán,
que de su propia mujer.

(Sale RUFINA, alborotada.)

- RUFINA ¡Ay, señora! ¿Cómo estás
con descuido tan notable,
que tu hermano y mi señor
riñeron sobre casarte? 325
- fol. 174v-
Jura que esta noche misma
ha de ser, mira qué haces,
que están las joyas en casa,
ricas telas y diamantes, 330
y el sastre a la puerta, muerto
por dividir en mil partes
primaveras y tabíes.
- MARTÍN Ya no saldremos las tardes
por sábalos.
- LEONARDA Aún no puedo 335
mover la lengua.
- DON JUAN Ni hables,
pues has gustado, Leonarda,
de engañarme y de matarme.
- LEONARDA ¿Yo engañarte, mi señor?
¿Cómo puedo yo engañarte 340
si me ha de costar la vida
el no sufrir que me case?
- MARTÍN Lo que más siento, Rufina,
es saber que el sastre aguarde
a echar por esos tabíes, 345
como por cerros y valles,
aquella santa tijera,
que tales milagros hace.
Cuando la perdida España

	se ganó de los alarbes, mandó Pelayo salir a todos los oficiales; que saldrían, respondieron de buena gana los sastres a pelear con los moros, cuando un pendón acabasen, para que van allegando pedazos chicos y grandes; pero, con haber mil años, no hay remedio que le acaben, y puede llegar a Roma si los pedazos juntasen.	350 355 360
DON JUAN	Yo no sé mejor remedio; dí a tu hermano y a tu padre lo que don Diego decía: que si tal infamia saben, y que por eso le hirieron, no es posible que te casen.	 365
LEONARDA	Eso ya estuviera hecho, don Juan, si fuera importante; mas, si llega a su noticia, ¿cómo no te persuades que los han de hacer pedazos?	 370
DON JUAN	¿Pues qué importa que los maten, a truco de verte libre?	 375
LEONARDA	Eso es locura.	
DON JUAN	Pues dame algún remedio, que muerto más que nunca viva nadie.	
RUFINA	Tu padre.	
LEONARDA	Escondeos los dos.	
DON JUAN	Quién hará que no se canse de tanto esconder.	 380
DOÑA ÁNGELA	Quien tiene	

amor.

DON JUAN No hay amor que baste.

(Vanse, queda LEONARDA.)

(Sale DON ANTONIO.)

DON ANTONIO ¿Cómo, Leonarda, es posible,
que a ver las joyas no sales,
siendo propio en las mujeres, 385
con las galas alegrarse?

Mira que están los criados
de don Pedro para darte
tal presente, que es razón
que le agradezcas y alabes. 390
¿Qué es esto?, ¿no me respondes?

LEONARDA Señor, por no declararme
no te respondo.

DON ANTONIO Bien dices,
que puesto que te declares
has de hacer mi voluntad. 395
Porque engendrarte y criarte
me ha dado este imperio en ti.

LEONARDA ¿Hacen el alma los padres?

DON ANTONIO No, sino el cuerpo, que el alma
Dios la infunde.

LEONARDA Si en tres partes 400
se divide el alma, y una
es la voluntad, ¿no sabes
que no es tuya, sino mía?,
que aun Dios no quiso quitarme

-fol. 175r-

la libertad con ser Dios. 405

	Fuera de esto, ¿no es bastante que el bien que se da una vez no fue de nobles quitalle? Si el cuerpo me diste, ¿es bien que como a dueño le mandes? Ya es mío, pues me le diste. Mira que es en hombres graves pedir lo que dan baja.	410
DON ANTONIO	¿Hay libertad semejante? Pues ven acá (que no quiero, como era justo enojarme). ¿Cuál es mejor casamiento, que con extraño te cases, o con el que más conoces? ¿No es mejor, hija, emplearte en quien puedas tú decir, por conocerle y tratarle, que está dentro de tu casa?	415 420
LEONARDA	Suplícote que repares en la palabra que has dicho.	425
DON ANTONIO	¿Cómo?	
LEONARDA	Yo quiero casarme con quien en tu casa vive.	
DON ANTONIO	Ahora quiero abrazarte, y echarte mi bendición, y a los dos, Leonarda, alcance.	430

(Vanse.)

(Salen MARTÍN, DON JUAN y ÁNGELA.)

MARTÍN	En efeto, ¿nos vamos?
DON JUAN	No es posible aguardar a que venga el nuevo esposo.

DOÑA
ÁNGELA Culpo, don Juan, tu condición terrible.

DON JUAN ¿Cuál hombre tan aprisa fue dichoso?

DOÑA
ÁNGELA Queriéndote Leonarda, es imposible 435
darle la mano.

DON JUAN Un padre es poderoso.

MARTÍN No hay padre en voluntades de mujeres.

DON JUAN ¿Qué viento no mudó sus pareceres?

MARTÍN ¿Y dónde quieres ir?

DON JUAN Quiero embarcarme,
pues fuera de peligro está don Diego. 440
Aquí puedes, doña Ángela, esperarme,
que a despedirme de Leonarda llego,
que porque no es razón quiero forzarme
que se queje de mí. Tú parte luego,
y apercibe la ropa que trujiste. 445

MARTÍN Yo voy.

(Vanse los dos.)

DOÑA
ÁNGELA Yo quedo enamorada y triste.
Pasa la mar el mercader que aspira
a enriquecer, y por la estraña tierra
de su querida patria se destierra;
ni el frío teme, ni el calor admira. 450
Del bien gozoso que su gloria mira
en alta nave la riqueza encierra,
y sin temer del elemento guerra
las ondas rompe, por llegar suspira.

-fol. 175v-

Mas, cuando ya la patria se la daba, 455
corre tormenta en el vecino puerto,
y halló la muerte cuando no pensaba.
Así, por este mar del mundo incierto,

contenta mi esperanza navegaba;
perdonola la mar, matola el puerto. 460

(Sale DON ANTONIO.)

DON ANTONIO ¿Quién se queja y habla aquí?

DOÑA ÁNGELA Ya me ha visto, ¡qué desgracia!

DON ANTONIO ¿Mujer de tan buena gracia,
en mi casa, vive así?
¿Quién sois?

DOÑA ÁNGELA Señor.

DON ANTONIO No os turbéis. 465

DOÑA ÁNGELA Señor, de vuestro valor
bien puedo fiar mi honor.

DON ANTONIO Seguramente podéis.

DOÑA ÁNGELA Don Juan de Castro es mi hermano,
por la herida de don Diego 470
vino a su posada luego
con don Pedro Feliciano,
piadoso, me trujo aquí.

DON ANTONIO Agora entiendo la historia.

DOÑA ÁNGELA (Aparte.)
Esperanzas de mi gloria. 475
paciencia, que ya os perdí.

DON ANTONIO No de balde Feliciano
el casarse defendía
su hermana. ¿Y aquí os tenía?

DOÑA ÁNGELA No me ha tocado una mano. 480

DON ANTONIO De tan principal mujer

estoy yo muy satisfecho.
Vuestro hermano, ¿qué se ha hecho?

DOÑA
ÁNGELA

(Aparte.)
¿Qué tengo de responder?
A Sanlúcar fue, señor.

485

DON
ANTONIO

(Aparte.)
Encerrarla quiero aquí.

DOÑA
ÁNGELA

¿Qué quieres hacer de mí?

DON
ANTONIO

Asegurar un temor.
No temáis; que en mi aposento
estaréis más recogida.

490

DOÑA
ÁNGELA

(Aparte.)
¡Ay esperanza perdida!
Cobrad vida y nuevo aliento.

DON
ANTONIO

Entrad, que os quiero cerrar.

DOÑA
ÁNGELA

Como no salga de aquí,
ya no es prisión para mí.

495

DON
ANTONIO

¿Qué decís?

DOÑA
ÁNGELA

Que quiero entrar.

(Éntrase.)

DON
ANTONIO

Por Dios, que no ha de salir
hasta que case a Leonarda.

(Sale RUFINA.)

RUFINA

Don Pedro, señor, te aguarda.

DON
ANTONIO

Ahora puedo decir
que está seguro mi intento,
pues, quitada la ocasión,
se pondrá en ejecución
de Leonarda el casamiento.

500

(Vase.)

(Sale MARTÍN con la ropa.)

MARTÍN	¿Puedo entrar?	
RUFINA	Puedes entrar.	505
MARTÍN	Vengo, Rufina (¡ay de mí!), a despedirme de ti, hechos los ojos un mar, un mar de llanto y enojos.	
RUFINA	Ya veo yo, Martín amigo, la tormenta que contigo están corriendo tus ojos.	510
MARTÍN	¡Ay, ay, ay!	
RUFINA	El ay, ay, ay, ha mucho que ya pasó.	
<u>-fol. 176r-</u>		
MARTÍN	¿No lloras, Rufina?	
RUFINA	¿Yo?	515
	¿Acuérdase del cambray con que pescó los quinientos? Pues, dígame, ¿qué me dio?	
MARTÍN	¿Qué había de darte yo?	
RUFINA	Por lo menos, los docientos.	520
MARTÍN	Esos no te faltarán. Pero mira que nos vamos.	
RUFINA	Mujeres solo lloramos cuando se van los que dan.	
MARTÍN	Sí, pero huélgome aquí de que nacieses mulata; que aunque no quieras, ingrata, te pondrás luto por mí. ¡Que no te mueva a piedad haber besado el mastín!	525 530

Eres su parienta, al fin;
usas la misma crueldad.
¿Cuál hombre pasó, en el mundo,
la noche que yo pasé?
De la cocina rodé 535
al sótano más profundo.
Tú sabes dónde dormí,
cercado, con mil cuidados
de animales vidriados.

(Salen LEONARDA y DON JUAN.)

DON JUAN El confiarme de ti 540
ha de ser para mi daño.

LEONARDA No hayas miedo que lo sea.

DON JUAN En fin, ¿quieres que te crea?

LEONARDA Tú sabes que no te engaño.

DON JUAN ¿Dónde doña Ángela está, 545
Martín?

MARTÍN ¿No está con Leonarda?

LEONARDA Conmigo no.

MARTÍN Pues aquí
la dejé mientras juntaba
la ropa

DON JUAN ¿Y tú no la has visto
Rufina?

RUFINA ¿No puede, en casa, 550
andar doña Ángela libre?

MARTÍN Si con Leonarda no está,
no hay aposento en que esté.

DON JUAN Habla, Leonarda, ¿qué aguardas? 555
Hame llevado tu hermano,

como sabe que te casas,
a mi hermana; bueno quedo
sin la suya y sin mi hermana.
Vive Dios, que si esto fuese,
que pienso que tal infamia
me obligaría. 560

LEONARDA Don Juan
paso, y con dignas palabras
de quien eres y quien soy.

DON JUAN ¿Qué palabras hay honradas
donde no lo son las obras? 565

LEONARDA Mira que conmigo hablas,
y que si eres defensor
de las mujeres y tratas
mal mi respeto, diré
que las mujeres engañas. 570

DON JUAN Leonarda, si esta traición
procede de vuestra culpa,
bien sabes que me disculpa
mi honor y buena opinión;
porque no será razón, 575

donde es la ofensa tan llana,
que tengas defensa humana,
pues muy atrevida quieres
que defienda las mujeres
y no defienda mi hermana. 580

¿Sería buena defensa
que, por defenderte a ti,
me hiciese tu hermano a mí
en el honor esta ofensa?
Cuando tú te casas, ¿piensa 585

que ha de merecer su mano?
Pues no quiere Feliciano
que vuestra casa alborote,
que, aunque pobre, tiene en dote
ser quien es, y yo su hermano. 590

Mi hermana ha de parecer,
porque en llegando a mi honor,

no hay hermosura ni amor

-fol. 176v-

por quien le deje ofender.

No he defendido mujer 595

con más razón en mi vida.

Dámela, si eres servida,

basta que, de mí adorada,

quedes, Leonarda, casada,

no doña Ángela perdida. 600

Mira tú si a tu hermosura

igual respeto he guardado,

pues la espada no he sacado

para hacer una locura.

¿Mi honor puesto en aventura, 605

y yo tan cuerdo y discreto?

Pondré la furia en efeto,

aunque le pese a mi amor;

que no es bien perder mi honor,

por no perderte el respeto. 610

LEONARDA Tente, espera, que no sé
que pueda haberte ofendido
Feliciano, y si esto ha sido,
satisfacerte podré.

Yo misma te vengaré, 615

yo seré tuya si quieres,

no te vayas, no te alteres,

Ángela me toca a mí,

porque he aprendido de ti

a defender las mujeres. 620

Si yo soy tuya, no es bien

que de mi hermano te quejes,

cuando la tuya le dejes,

conmigo quedas también.

Seré tuya, aunque me den 625

mil muertes. Cierra los labios,

mi bien, que los hombres sabios,

cuando se ven agraviar,

aunque mueran por callar,

no publican los agravios. 630

	A mi padre, al mundo, al cielo diré que soy tu mujer.	
DON JUAN	Martín, ¿qué tengo de hacer entre tanto fuego y yelo?	
MARTÍN	¿Qué puede darte recelo en tanta seguridad?	635
DON JUAN	¿No sería necedad?	
MARTÍN	No, sino razón prudente, que si alguna mujer miente, veinte mil tratan verdad.	640
	Aman, quieren y aventuran, cantan, bailan y entretienen, solicitan, van, y vienen, limpian, regalan y curan, nuestro descanso procuran,	645
	por ellas hay tanta historia que guarda eterna memoria. La casa en que no hay mujer, como limbo viene a ser, ni tiene pena, ni gloria.	650
	Lisonja te hago en decir, que las quieras y las creas, porque yo sé que deseas honrallas hasta morir:	655
	sin mujeres no hay vivir, que aun Dios vio que convenía el darle su compañía, que el más valiente que ves, llora en naciendo a sus pies, pensando que las perdía.	660
DON JUAN	Ahora bien, aunque no tenga en toda mi vida honor, quiero que mi justo amor, espada y mano detenga; don Pedro a casarse venga,	665
	tu palabra quiero ver, que si supe defender mujeres, en esta ofensa	

será la mayor defensa
fiar mi honor de mujer. 670
Que solo su defensor,
aquel puede ser llamado,
que su honor les ha fiado,
y su enemigo mayor,
quien no les fía su honor. 675

-fol. 177r-

Yo pongo en ti mi esperanza,
que no es hacer confianza
de mujeres principales,
que hacerlas todas iguales,
es la más necia venganza. 680

Cuanto les debo me acuerdo,
puesto que conozco ya
que algún maldiciente habrá
que no me tenga por cuerdo.

Con justa causa me pierdo 685
y me obligo a defendellas;
que más quiero yo por ellas
quedar contento de amallas,
y engañado por honrallas,
que libre por ofendellas. 690

(Vase.)

MARTÍN ¿Puede haber mayor valor?

LEONARDA Él verá si le hay en mí.

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO ¿Estaba don Juan aquí?

LEONARDA Yo detuve su furor,
asegurando su honor, 695
por escusarte la muerte.

FELICIANO ¿Cómo hablas de aquesa suerte?

LEONARDA ¿Pues cómo tengo de hablarte,
si has querido aventurarte

	a infamarme y a perderte?	700
FELICIANO	¿Qué es lo que dices, Leonarda?	
LEONARDA	Que por no verte perder, tengo de ser su mujer.	
FELICIANO	Lo mismo pretendo, aguarda.	
LEONARDA	Ya la traición te acobarda. ¿No era al principio mejor? ¿A un hombre de tal valor a su hermana le has quitado, habiéndote confiado liberalmente su honor?	705 710
FELICIANO	¿Yo quitado? ¿Estás en ti?	
LEONARDA	Di dónde la tienes, presto.	
FELICIANO	En tu aposento la he puesto; desde entonces no la vi; y, sospechoso de mí, don Juan se la habrá llevado, y pues ya te has declarado, yo le tengo en mi aposento, porque solamente intento verme de su hermana honrado.	715 720
LEONARDA	¿Tú has escondido a don Juan?	
FELICIANO	En mi cuarto le he tenido, y él a su hermana ha escondido, porque a don Pedro te dan; que ya juntándose están sus deudos para venir a casarse.	725
LEONARDA	Tú has de ir a darle satisfacción.	
FELICIANO	Antes de hacerle traición, quiero mil veces morir. (Vase.)	730
LEONARDA	Pues di, Martín, a qué efeto	

don Juan con esta mentira
culpa a mi hermano; ¿eso mira
a mi defensa y respeto?

¿Cuál hombre noble y discreto
tal hubiera imaginado? 735

¿Dónde Martín la has llevado?
Tú la tienes, esto es cierto,
y que ha de costarte muerto
la vida que me has quitado. 740

MARTÍN Esto solo me faltaba.

LEONARDA ¿Dónde está? Dímelo presto,
que te sacaré los ojos
si no me lo dices luego.

MARTÍN Mira que nos ha engañado
Feliciano, y que es enredo;
que don Juan trata verdad. 745

LEONARDA No lo creo.

MARTÍN ¿No lo creo?
¡Plega a Dios, si la he llevado,
que vuelva a darme otro beso 750

-fol. 177v-

el mastín de la cocina,
y que entre gatos y perros
pase otra noche tan mala!
Pero déjame entrar dentro,
que quiero hablar a don Juan. 755

LEONARDA ¿Qué fin tendrán mis sucesos?
(Vase.)

(Sale DON ANTONIO.)

DON ANTONIO Paréceme que te burlas
de mi obediencia y respeto;
tres recados te he enviado
de que ya viene don Pedro; 760

bien agradecida estás,
 que aun sus joyas no te has puesto.
 ¿Qué tristezas son, Leonarda,
 estas que afligen tu pecho?
 ¿No basta ser gusto mío? 765
 ¿No basta que yo lo quiero?
 ¿En qué andáis los dos hermanos?
 ¿Queréis acabarme presto?
 ¿No basta que diga un padre:
 «dada la palabra tengo»? 770
 No ha menester una hija
 saber cuál hombre, cuál dueño
 su padre le quiere dar;
 que hay tal diferencia en esto,
 que ella escoge con los ojos, 775
 y él con el entendimiento.
 Solo que te diga yo
 (que solo tu bien deseo):
 «cásate con quien hallares
 dentro de aquel aposento», 780
 basta para obedecerme
 y para saber que acierto.

LEONARDA Pues esa es tu voluntad,
 digo, señor, que obedezco.
 (Vase.)

(Sale DON PEDRO, galán, y acompañamiento.)

DON PEDRO Vengo a servirte y honrarme, 785
 señor, con todos mis deudos;
 dame tus pies.

DON ANTONIO Con los brazos
 sale a recibirte el pecho.

DON PEDRO ¿Adónde está Feliciano?,
 ¡qué poca ventura tengo!, 790
 ¿no honrarme en esta ocasión?

DON ANTONIO Yo y Feliciano tenemos

cierto disgusto.

- DON PEDRO ¿Soy yo
la causa? ¿No está contento
de ser mi cuñado? ¿Ya
este nombre y parentesco
le ha quitado el de mi amigo? 795
- DON ANTONIO Vais de la ocasión muy lejos,
hele escondido una dama
y con este pensamiento 800
lo que siente por amor
no lo diré por respeto.
- DON PEDRO ¿Cómo no viene Leonarda?
- DON ANTONIO Entremos en su aposento,
que ya debe de aguardar. 805

(Alzan el tapiz y están de las manos DON JUAN y LEONARDA.)

- DON ANTONIO ¡Válgame el cielo!, ¿qué es esto?
- DON JUAN Es que estoy con mi mujer,
y de la mano la tengo.
- DON PEDRO Pues si la tienes casada,
¿cómo, don Antonio, has hecho
a un caballero esta burla? 810
- DON ANTONIO ¿Yo burla?, viven los cielos
que ha de morir el traidor.
- LEONARDA Paso, señor, que no pienso
que se dejara matar, 815
y yo disculpada quedo,
pues me mandaste casar
con quien en este aposento
hallase; yo hallé a don Juan.
Lo que mandaste obedezco. 820
- DON ANTONIO ¿Hay tal maldad?, Feliciano.
¡Feliciano!

DON PEDRO Si don Pedro
es el agraviado, él basta.

DON ANTONIO Mi aposento me han abierto.

-fol. 178r-

(Alzan, por la otra parte, el tapiz, y véanse FELICIANO y DOÑA ÁNGELA, de las manos.)

FELICIANO Abrile yo, con razón, 825
las tiernas voces, oyendo
que mi mujer daba en él.

DON ANTONIO ¿Qué mujer? Traidor, ¿qué has hecho?

DON JUAN Siendo la mujer mi hermana, 830
yo Castro y Portocarrero,
no hay que preguntar quién es.
Si la herida de don Diego
fue riñendo en ocasión,
como honrado caballero,
y él me pudo herir a mí, 835
bien sabéis que no le ofendo;
pero si estáis ofendidos...

DON PEDRO Señor don Juan, yo no siento
más herida que perder
la esperanza y el deseo; 840
pero no se pierda todo,
dadme los brazos, que quiero
ser vuestro amigo, y de todos.

DON JUAN Honrad, señor, vuestro yerno,
que aunque pobre, tiene sangre 845
del conde de Andrada y Lemos.

DON ANTONIO Cien mil ducados de dote
os quiero dar, porque al premio
del bien hablar demos fin.

DON JUAN No le deis sin que primero 850

salgan Martín y Rufina.

**(Salen de las manos MARTÍN y RUFINA, vestidos de novios de
graciosidad.)**

MARTÍN Aquí, senado discreto,
 están Rufina y Martín;
 que nunca salgo de perros.

RUFINA Yo he menester un padrino.

855

MARTÍN A mis bodas, caballeros,
 convido para mañana,
 si no es que antes me arrepiento.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DEL PREMIO DEL BIEN HABLAR

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo